

Espectáculo deprimente

Por Jaime Guzmán

Esta semana hemos presenciado un espectáculo deprimente.

En el proceso contra Clodomiro Almeyda ante el Tribunal Constitucional, por infracción del artículo octavo de la Carta Fundamental, ha desfilado una variada gama de personajes que, a solicitud del propio Sr. Almeyda, han sostenido que consideran a éste un político de claras convicciones y trayectoria democráticas.

Ahora bien, ninguno de ellos ha pretendido ni podría negar:

a).- Que Clodomiro Almeyda encabeza una de las facciones del Partido Socialista que se han definido oficialmente como marxista-leninista.

b).- Que el Partido Socialista "almeydista" y su líder máximo propagan la dictadura del proletariado como objetivo y la violencia como método válido de acción política, elementos -por lo demás- esenciales y claves del totalitarismo marxista-leninista.

Todo ello explica que el Partido Socialista (fracción "almeydista") sea el más estrecho aliado del Partido Comunista y del MIR, con quienes integró el Movimiento Democrático Popular (MDP), hoy sustituido por el conglomerado "Izquierda Unida".

Sin embargo, justificando su voluntaria comparecencia al Tribunal Constitucional, hemos escuchado al ingeniero Enrique D'Etigny que "se puede ser demócrata y marxista al mismo tiempo", tesis que implícita o explícitamente también



sustentaron los dirigentes demócratacristianos Alejandro Hales y Radomiro Tomic, al testificar su convencimiento sobre "la invariable vocación democrática" o la condición de "demócrata convencido" de Clodomiro Almeyda, a pesar de ser la máxima cabeza de un partido oficialmente marxista-leninista.

Y el broche de oro lo ha puesto don Felipe Herrera, al agregar, tras sus declaraciones ante el Tribunal Constitucional, que Almeyda "es uno de los mejores símbolos de lo que ha sido la izquierda democrática en Chile", aunque "el símbolo mayor es, obviamente, Salvador Allende".

Cuando personalidades semejantes no encuentran contradicción entre ser demócrata y ser marxista-leninista, queda en evidencia la dramática perturbación de criterios que llevó a la destrucción de nuestro régimen democrático en la etapa previa a 1973.

Elogiar como "los mejores símbolos de la izquierda democrática en Chile" a quienes procuraron llevar deliberadamente al país a una guerra civil para convertirnos en una segunda Cuba, constituye una afrenta para la mayoría ciudadana que se rebeló contra el Gobierno de la Unidad Popular a fin de salvar la libertad y la soberanía patrias. Y además ello representa un agravio para las Fuerzas Armadas y de Orden que el 11 de septiembre de 1973 respondieron patrióticamente a ese clamor popular.

Veracidad y disciplina de partido

Por William Thayer Arteaga

1.- Entre los asuntos más delicados que deberá manejar nuestro sistema democrático a contar de 1989, e incluso antes, se cuenta el de la orientación y

educación política de una gigantesca masa electoral. Es un hecho que el futuro democrático del país lo decidirá en los próximos años una mayoría ciudadana de cuatro o cinco millones de personas. Estoy pensando que en el plebiscito de 1980 participaron sobre seis millones de votantes, que podrían llegar a ocho en 1989 ó 1990.

Obviamente vivimos ya un clima preelectoral, en el que se manifiestan tensiones entre gobiernistas, independientes y opositores; entre civiles y militares, o entre democráticos y antidemocráticos. Sin embargo, también tiene significación -y muy grande- la alternativa de actuar dentro de las filas de un partido o al margen de la disciplina partidista. Se sabe que los votantes de partido siempre han fluctuado entre un 5 y un 10% de la ciudadanía. La abrumadora mayoría no se incorpora a ellos, pero los sigue sólo cuando se siente interpretada y sus candidatos son atractivos. Cómo y por qué ocurre esto es lo que deseo muy escuetamente comentar.

2.- Estimo que la experiencia política y electoral de los chilenos es excepcionalmente rica. En corto tiempo ha presenciado la sucesión de gobiernos de las más variadas tendencias y, sobre todo, ha visto eclipsarse las utopías que ofrecían soluciones a todos los problemas.

Esto ha hecho perder credibilidad al discurso político. El orador de



fuste, el hombre que electrizaba a las masas con su palabra encendida, quizá sigue deslumbrando, pero no convence como antes. La mayoría silenciosa prefiere

los hechos concretos antes que los proyectos brillantes.

3.- Ahora bien, ¿qué ocurre con los partidos?

Los partidos políticos han dejado el recuerdo de ser robustas organizaciones de propaganda, nombre que suele corresponder a la expresión que adopta la mentira cuando quiere captar grandes mayorías. Por eso, si se desea tener una democracia política, que requiere necesariamente de partidos, éstos deben ser sustancialmente veraces. Y la primera exigencia de la veracidad es no impedir la libre expresión del pensamiento de sus bases, sin perjuicio de exigir una conducta disciplinada. Repito hoy lo que escribía en 1984: "La libertad de expresión pública del pensamiento político parece consustancial al libre juego de las opiniones dentro de una democracia pluralista, que no podría reducirse a un esquema de elite, en que sólo las directivas expresan su opinión, sin que exista un control de opinión pública acerca de si ese pensamiento oficial corresponde o no a un sentir de las bases.

"Es legítimo que sólo la autoridad de una organización pueda representarla en el decir y el hacer. Pero cualquier afiliado ha de tener siempre la libertad de disentir en lo no esencial de la doctrina del partido". Creo que esto es necesario para que los independientes se decidan a asumir responsabilidades de partido.

Recordando

Por Domingo Durán

En la medida que los años pasan, la memoria empieza a hacerse más ágil en el recuerdo. Frente a cualquier circunstancia que de algún modo nos golpea, la memoria, con la velocidad de un rayo, nos trae al recuerdo personas, panoramas, perspectivas, afectos, amigos, lugares.

Hace ya muchos años una noche, junto a Gustavo Rivera, a Carlos Peñafiel, a Carlos Rencoret, y a tantos otros que en tropel vienen a mi encuentro, nos encontramos comiendo en un agradable y confortable restaurante que estaba al lado del Teatro Las Lilas, y que fue de propiedad también de un amigo que ya partió hace tiempo, Tomás Vidiella. En el cálido y grato ambiente que allí se creó, nació entre él y yo, primero, un conocimiento cordial y, después, una larga amistad, que sin haber llegado nunca a una gran intimidad representó para los dos largos ratos de júbilo conversación.

Los años pasan y pasan. Hace unos días fuimos a ver una obra interesante "El avaro" de Moliere, en una versión de Tomás Vidiella, el hijo.

Rara vez me ha sido tan grato el reencuentro con los recuerdos como en esta oportunidad, en que se confundieron en un apretado abrazo, en un admirativo abrazo, con la realidad del presente.

En efecto, en una curiosa sala de espectáculos, ubicada en un lugar llamado "El Conventillo", en la calle Bellavista, entre Bombero Núñez y Loreto, trabaja en su obra Tomás Vidiella. Digo su obra, y al decir suya, digo del director, digo del decorador, digo de quien puso la música, lo digo de todos y cada uno de los artistas que, en un apretado coro de voces teatrales, logran un resultado extraordinario.



Es una interpretación muy sui generis de la famosa obra de Moliere. Es tan sui generis, que he llegado a pensar y a resolver definitivamente que si no existiera un actor, un artista como Tomás Vidiella de hoy, no podría existir esa obra teatral en la línea de la continuidad maravillosa de su escenificación.

Hay en ella algo del teatro ruso, de uno de los tantos ensayos de teatro ruso; una combinación de danzas, de actuación teatral y de música muy difícil de describir adecuadamente.

Más allá de los hondos pensamientos, de las profundas cavilaciones, del tremendo y polifacético drama humano que inspiró la obra inmortal de Moliere, y a través de un sentido de refinado humor, se recorren esas mismas calles, esos mismos trazos que inspiraron la obra comentada, pero desde un ángulo absolutamente distinto, y, vuelvo a decir, increíble.

Cuando los años al margen de nosotros mismos se van acumulando y acumulando, y de repente notamos descomodadas arrugas en nuestra piel y un principio de cansancio en tanto camino recorrido, las circunstancias del encuentro del recuerdo del padre, ahora en la obra del hijo, puso un punto de reposo, de sosiego y de júbilo en mi espíritu.

Esta es la maravillosa continuidad de la vida. Y pensando muy pecho adentro, en mis propias cosas, en mis propios conflictos, en mis propias derrotas y en mis propios éxitos, he pensado cuán feliz podría llegar a ser yo si en alguna medida el día de mañana, amigos míos, pudieran recordarme con cordialidad y con afecto a través de las actitudes, de las actuaciones y del espíritu de mis hijos.